

ANGEL RAMA

CRÓNICAS DE BARCELONA

CARACAS

QUIZAS dentro de cincuenta años se le llame a esto la diáspora de los escritores hispanoamericanos. Y lo digo porque otros dos se marcharon para Barcelona, capital del auto-exilio intelectual. Esta vez, se trata de dos venezolanos, quienes han elegido, por un lapso inicial de un año, residir en España: el dramaturgo Isaac Chocrón y el novelista Salvador Garmendia, que son de las figuras centrales de las letras venezolanas contemporáneas.

Esta información no esconde intención crítica y menos censura moral, como se estilaba ahora dentro de una visión primaria de la función intelectual, equiparada poco menos que a la de enfermeros diplomados. El escritor se libra de su obra y es ella la que determina su contribución central al país o a la región cultural a la que pertenece. De tal modo que serán sus obras las que lo salvarán o perderán para la cultura latinoamericana y no sus viajes ni sus residencias fuera de fronteras como con criterio simplista se ha teorizado en algunos barrios.

Pero saber por qué se van se ha convertido en una curiosidad continental y por eso, aprovechando una escala en Caracas, he conversado con los dos sobre este tema.

A Isaac Chocrón lo encuentro en su magnífico penthouse de Los Caobos, con la vista de la ciudad a sus pies, un apartamento cómodo, alhajado con bellas muebles y obra de arte a la moda, buena biblioteca y en todo un lugar grato para trabajar.

—Disponiendo de todo esto, de recursos para poder dedicarse de lleno a la literatura, ¿por qué te vas?

—Para no oír el teléfono.

Quiero disponer de un año enteramente libre, para mí, un año para escribir y trabajar, sin cócteles, sin Nuevo Grupo, sin vistas, sin asuntos nacionales.

—¿Y para eso España?

Cualquier lugar donde se hable español y haya teatro. Estuve a punto de irme a Buenos Aires, pero de allí sólo se sale para la Antártida. Llegué a pensar en Puerto Rico, pero es el limbo. Por último me resolví por España: un baño, un apartamento, un apartamento, un pieza "O. K.", hay posibilidades de que monten, en un cabaret de Barcelona, mi última obra. La revolución y por último está a sólo horas de París, Londres y Roma. Como si fuera poco dispongo de un pizito en Madrid.

—¿Aquí en Caracas, últimamente no has podido escribir?

—¿Y no? Yo escribo en cualquier parte. Tú bien sabes que soy un profesional. En todos los sentidos. Ahora he descubierto la novela o, mejor, he vuelto sobre una pasión adolescente. Acabo de entregar a Benito Millá la segunda novela que he escrito, *Pájaro de mar por tierra*, que se publicará este año en Buenos Aires. Es la historia de un prostituto venezolano. El me la cuenta, me insiste para que yo escriba con ella una novela que no hago, limitándome a recibir su información. El es exactamente, "un pájaro de mar por tierra" como

decimos nosotros, un ser equivocado que ve teniendo diversas relaciones amorosas, que se liga una mujer con la cual vive en Nueva York, luego se separan, vuelve, se reencuentra con viejos amantes, pero él sólo es feliz cuando está solo y en el mar, nadando, y así como se va haciendo su vida, desdoblándose, se va alejando de mí conocimiento, creo que se va a Aruba y al final desaparece. No, no es más escandaloso que la primera. Y además, ¿quién se escandaliza ya de nada?

Reconstruyo el diálogo ya que es incesantemente interrumpido por el teléfono y por la entrada y salida de las más insolitas criaturas que atraviesan la casa como si fuera "Via Veneto", sintiéndose un momento a conversar, a veces con el dueño de casa, otras entre sí, para luego proseguir su paseo desapareciendo en las habitaciones interiores.

ME encuentro con Salvador Garmendia en el tumulto, el rumor espeso de las conversaciones, las oleadas del calor, el ir y venir de la gente, como quien dice en su momento. Ahora que he creído que iba a irme, me parece un guerrero de la independencia abandonado en un ambiente hostil del que se defiende encendiendo y apagando cigarrillos que prácticamente no fuma y tomando cerveza en continuado. Es el novelista mayor de su generación, él que representa a Venezuela en este certamen de la nueva novela hispanoamericana, con una línea personalísima, oscura, casi cerrada, la que sigue tercamente sin enterarse de que los libros se escriben teniendo lectores y que es ya una figura continental.

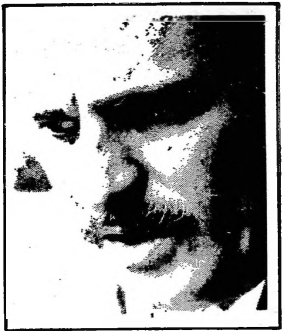
—¿A qué vas a Barcelona?

—¿A respirar! Bueno, es decir, voy por un trabajo. La cuestión es que voy a hacer un acuerdo con la editorial Barral para la publicación conjunta de libros—ya viste que apareció así el "Mundo de Solzhenitsin" y a mi nombre me mandaron por todo un año para ocuparme del funcionamiento de ese acuerdo.

—¿Qué esperarás de Barcelona?

—Si claro. Dejo dos libros entregados. Monte Avila va a publicar aquí uno de cuentos, *Los escondites*, que son posteriores a los de *Difuntos, extraños y volátiles*, aunque están dentro de la misma línea, y *Sea Barral* va a publicar mi última novela, *Los pies de barro*. ¿De qué trata? De todo esto. Abandoné los barrios del centro y ahora son los tipos humanos y los lugares de Sabana Grande. Es un poco la novela de la frustración y del fracaso, pero no es, como ya andan diciendo, la novela de un escéptico. Es nuestra vida de los últimos años.

A pesar de las dificultades de la vida en una ciudad sudamericana particularmente tumultuosa, no han dejado de escribir tesorosamente. Ha sufrido de entropamientos, es un caso por el que se ocuparía de un organismo



teatral como Nuevo Grupo, y en otro por las tareas administrativas en la Universidad de Los Andes, que reatearon su consagración a la creación, pero han seguido escribiendo.

Han detrás de sus viajes, esta obsesiva aspiración a la profesionalización del escritor que despunta en nuestra América con los modernistas finiseculares y en la que se pone la esperanza de realizar una obra que haga entrar de lleno a la literatura del continente en la modernidad universal. Pero hay también el apotamiento ante las asperezas de la vida urliana en la propia patria, ese hostigamiento menudito que es sometido el escritor en su tierra, no sólo objeto de una crítica megruina sino destinatario de las más dispares proposiciones y exigencias que no se le formulan a otros profesionales pero que se concentran sobre la cabeza del escritor transformado en el típico chivo emisario de las calamidades nacionales.

Ambos escritores han llegado a un periodo de maduración artística que exige una concentración mucho mayor en la tarea literaria y es buen índice de su sentido de la responsabilidad intelectual haber detectado este cambio cualitativo en su proceso creador. Si *La revolución de Chocrón*—un diálogo infinito entre un viajero actor del "travestido" y su emisorario—motivó un enjuiciamiento moral, significó también el perfeccionamiento de un lenguaje poético, el volumen de cuentos de Garmendia, *Difuntos, extraños y volátiles*, no alcanzó la difusión de otros de sus títulos, conquistó una libertad inventiva que le valió un número de homenaje a cargo de la revista colombiana "Eco". Los dos se disponen al gran salto adelante. Eso es lo que creen que podrán hacer desde Barcelona, y no es, como en el caso de la "lost generation" norteamericana (Miller, Hemingway, Stein, etc.) un afán de integrarse a la cultura europea puesto que ambos valoran mucho más a la cultura latinoamericana actual, sino meramente la búsqueda de un lugar donde estén al abrigo de las contingencias que implican la producción literaria. De una producción orientada hacia América Latina.